

INMACULADA ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS  
ESTHER JIMÉNEZ PABLO Y  
MIGUEL LUIS LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ  
(EDS.)

SUBIR A LOS ALTARES:  
MODELOS DE SANTIDAD EN LA MONARQUÍA HISPÁNICA  
(SIGLOS XVI-XVIII)

GRANADA  
2018

## ÍNDICE

Introducción.....	9
-------------------	---

### IDEA DE SANTIDAD Y PROCESOS DE CANONIZACIÓN

Huellas de los procesos de canonización y beatificación en la imprenta andaluza (s. XVII-XVIII) .....	19
<i>Inmaculada Arias de Saavedra Alías</i>	

Entre jesuitas y beatas. La percepción de la santidad en el colegio de la Compañía de Jesús en Marchena (siglos XVII y XVIII) .....	51
<i>Julián J. Lozano Navarro</i>	

El cambio de modelo de santidad durante la segunda mitad del siglo XVII .....	79
<i>José Martínez Millán</i>	

Camino de santidad: <i>La Religiosa Instruida</i> de Antonio Arbiol (1717) ....	109
<i>María de los Ángeles Pérez Samper</i>	

El proceso de beatificación de sor Margarita de la Cruz y Austria.....	133
<i>María Leticia Sánchez Hernández</i>	

Santos que quedaron en el camino. Vidas religiosas y procesos hacia la santidad en la Edad Moderna. Una aproximación con ejemplos aragoneses .....	155
<i>Eliseo Serrano Martín</i>	

### VIDAS DE SANTOS Y HAGIOGRAFÍA

La polémica imagen de san Ignacio de Loyola en las hagiografías del s. XVII .....	189
<i>Esther Jiménez Pablo</i>	

¿Santo barroco o apóstol revolucionario? fray Diego José de Cádiz .....	207
<i>M. Victoria López-Cordón Cortezo</i>	

Forja de santidades: memoria de los mártires de La Alpujarra  
(1569-1621)..... 235  
*Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz*

Reconstruyendo la santidad. El proyecto hagiográfico en torno a  
Maria Caterina Brondi (1719-1743) ..... 259  
*Montserrat Molina Egea*

La delicada devoción. Las biografías en español de santa María  
Magdalena de Pazzi ..... 273  
*Henar Pizarro Llorente*

#### EL AMPLIO MUNDO DE LAS DEVOCIONES

Devociones domésticas: objetos devocionales en los hogares rurales  
(siglo XVIII) ..... 295  
*Margarita M. Birriel Salcedo, Carmen Hernández López*

La cultura material doméstica como testimonio de las devociones  
personales en el Madrid del siglo XVIII..... 345  
*Natalia González Heras*

Devociones religiosas en América a través de la prensa  
(siglos XVIII y XIX)..... 359  
*María Magdalena Guerrero, María Del Mar Barrientos*

El apóstol Santiago y las tradiciones jacobeanas en el teatro..... 379  
*Ofelia Rey Castelao*

Los santos los crea el pueblo: el inquisidor García de Trasmiera y la  
venerable sor Orsola Benincasa..... 401  
*Manuel Rivero Rodríguez*

## INTRODUCCIÓN

Aunque parezca extraño la santidad tiene su lógica, una lógica en cada tiempo de la historia. En general, la Iglesia católica presenta a través de los santos y santas modelos de vida cristiana para los fieles de cada tiempo. Mas, como las épocas son distintas, también suelen serlo los modelos de santidad. Y todo lo que la rodea, porque santidad implica modos de vida y control de conductas, que se revisten de oficialidad y de majestuosidad, de fastos y a la vez de gestos sencillos, de reconocimientos comunitarios y de devociones particulares, de intereses de iglesias locales y de órdenes religiosas. Santidad es también la percepción que de ella se tiene, la inclusión de desviaciones e incluso de posturas a veces desafiantes. Y se expresa de forma tangible a través de objetos, reliquias y exvotos, obras de arte en todas sus manifestaciones, objetos cotidianos, prendas de vestir y estampas impresas de acusado sabor popular.

Desde luego los santos de la época barroca destilan testimonios de fortaleza y sobrenaturalidad —esta es consustancial a la santidad— que rayan en lo prodigioso, lo onírico e incluso en lo inverosímil. Pero esos relatos de santidad, entendidos como resortes de cristiana persuasión, responden también a unos estereotipos bien afinados en los que acaban desvelándose unos dones básicos, pero a la vez excepcionales, fácilmente inteligibles por un pueblo mayoritariamente iletrado aunque bien adiestrado en las cosas de Dios, que eleva lo cotidiano hasta realidades celestiales. La santidad es, por tanto, un ingrediente más de la mentalidad colectiva de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Más aún, se torna en una necesidad cuando es la salvación del alma —esencia individual— la que anda en juego. La hagiografía es el lenguaje común, oral o escrito, tanto de los santos ya oficialmente reconocidos como de los que aspiran a serlo. Porque las propuestas de santidad son insistentes y la mayoría de las veces zozobran por el camino. Además, como la Iglesia es un ente jerárquico, este orden de autoridad se aprecia claramente en la promoción de santos. Por supuesto, superadas ya las oleadas de mártires de la época romana, dominarán en el santoral los eclesiásticos sobre los laicos, los obispos sobre los presbíteros y, por esa superioridad espiritual que se atribuye a las órdenes religiosas, los frailes y las monjas sobre los sacerdotes del clero secular. Y no faltaron, desde luego, las proyecciones populares de esos ideales de santidad, terreno en el que, frente a la universalidad de la Iglesia, lo local adquiere un valor predominante.

Históricamente, y hasta el día de hoy, el tratamiento de las vidas de santos es abrumadoramente un campo reservado a los mismos historiadores —o no historiadores— eclesiásticos. Y, más allá de su capacidad imaginativa, suele faltar en sus juicios el enmarque de cada vida y de cada propuesta en un contexto sociopolítico concreto. Bien es cierto que se observan desde el Humanismo aguijones críticos en esta materia, que luego recogerá con fruición el

movimiento ilustrado. El anticlericalismo propio del siglo XIX y, desde luego, la confrontación entre las dos Españas hasta tiempos no muy lejanos, condujeron también el tema de la santidad por senderos muy radicalizados, perdiendo en cierto modo la naturalidad que tuvo en otras épocas. Pero no se olvide que la esencia del santo es siempre la del héroe, héroes a lo divino.

De esa naturalidad tratan en gran medida los trabajos insertos en este volumen, que auspiciado por el proyecto de investigación “Maneras de vivir en la España Moderna: Condiciones materiales y formas culturales de lo cotidiano. 3. Cultura, religiosidad y asistencia social”, radicado en Granada, pero coordinado con otros equipos de la Universidad de Barcelona y la Universidad Complutense de Madrid, recoge aportaciones de otros destacados especialistas que se mueven también en proyectos muy provechosos sobre el mundo de la corte, la presencia de la mujer o los modelos de vida religiosa. Un elenco de trabajos que toma el pulso a la inquietud sobre esta temática con matices variados, pero con rigor histórico, en los que domina la presencia de historiadoras, que en el panorama historiográfico actual han mostrado una predilección especial por éste y otros campos en los que sin duda la mujer ha sido capaz de hacer oír su voz, lo que se le ha vedado en otros muchos ámbitos.

El primer bloque de este libro se presenta bajo el rótulo *Idea de santidad y procesos de canonización*, agrupando trabajos diversos sobre los modelos propuestos y sobre los procesos de beatificación/canonización, esto es, el marco teórico y la realidad oficial sobre la santidad. Porque tales procesos tenían una repercusión muy amplia en la sociedad, a través de vistosas celebraciones que el Barroco se encargó de elevar al terreno de la hipérbole. Y de todo ello quedó constancia impresa a través de relaciones de fiestas, sermones, tratados y opúsculos devocionales, como los que presenta Inmaculada Arias de Saavedra, de la Universidad de Granada. Obras impresas en Granada y Sevilla, en Jaén, Córdoba y Cádiz, más de un centenar en número que, más allá de las descripciones de virtudes santas y celebraciones fastuosas con motivo de beatificaciones y canonizaciones, revelan con claridad los intereses que movían a la difusión de esos santos desde sus lugares de origen o desde las órdenes religiosas a las que pertenecieron. Aquellas celebraciones brillaron de modo especial en las grandes ciudades andaluzas, como una clara estrategia contrarreformista, más aún en los casos de santos procedentes de esta tierra. De ese modo se aunaba la universalidad de la Iglesia y de las propuestas de santidad con la afirmación de lo local, con una indudable repercusión social, deparando de paso jornadas festivas a la población, que esas obras tratan de hacer inolvidables al fijar sus detalles en la memoria colectiva.

Cada orden religiosa entretejió sus propias redes de santidad, que se movían entre los grandes paradigmas de la orden reconocidos oficialmente y las vidas más sencillas que siguieron su ejemplo, haciéndose merecedoras de una santidad derivada pero similar. Y ello con el apoyo de las elites locales, como desvela

Julián J. Lozano Navarro, de la Universidad de Granada, en el caso del colegio de la Compañía de Jesús de Marchena, bajo el amparo de los duques de Arcos. Queda patente el cambio de las preferencias a lo largo del siglo XVII, dominando ya a comienzos del Setecientos la inclinación hacia determinadas beatas dirigidas espiritualmente por los propios jesuitas, cuya propagada santidad era sin duda un modelo propuesto a la mujer tanto como un éxito de los hijos de San Ignacio. De este modo, los jesuitas apostaron por un modelo de dirección espiritual que habría de dar frutos reconocibles por todos, como fueron esas beatas que vivían pobremente en comunidad. Los casos de Damiana de las Llagas o de Isabel de Jesús son significativos de la evolución operada. De la protección de los duques de Arcos a la promoción por miembros del clero local, la fama de santidad de estas mujeres atrajo indudablemente beneficios materiales y espirituales al propio colegio de los jesuitas, que de esta forma se afianzaba en el marco de la sociedad local, propiciando unos cánones de santidad fácilmente aceptados por la vecindad.

Por tanto, el ideal de santidad, como se ha apuntado, varió al ritmo de los tiempos. El vasto mundo de la Contrarreforma, pese a la unidad posconciliar pregonada en el orbe católico, restringió las diversas vías de santidad. Un cambio de modelo observa José Martínez Millán, de la Universidad Autónoma de Madrid, frente a la dispersión de propuestas de santidad tan característica desde los tiempos medievales. Para ello desgrana la centralización, también de la santidad, impuesta por la Curia romana. Notable fue el intento de definir el vademécum de virtudes atribuibles a los aspirantes a santos, un modelo preestablecido que el autor liga magistralmente en el Seiscientos con la espiritualidad propuesta para sacerdotes y laicos por San Felipe Neri y que alcanza su más completa formulación en las Escuelas de Cristo. De ese modo, el modelo de santidad afianzado en la segunda mitad de esa centuria difería notablemente de los propuestos un siglo antes, y sin duda reforzaba la ideología religiosa y espiritual propia de la Monarquía Católica, bien representada por el fenómeno de la descalcez, con un radicalismo pacífico basado en la ejemplaridad y la predicación, utilizando como medio de difusión las propuestas de aquel santo italiano, con un enorme potencial a la hora de calar en sectores significativos de la sociedad urbana.

Las vías de santidad se formalizaron a través de manuales con abstracción de las virtudes requeridas, que en realidad no son sino un trasunto bien articulado de las prácticas observadas a diario en quienes merecían la fama de santos y santas. Un caso revelador lo estudia M<sup>a</sup>. Ángeles Pérez Samper, de la Universidad de Barcelona, en una obra ya del siglo XVIII debida a fray Antonio Arbiol, *La religiosa instruida*. Se trata de una pieza clave sobre la espiritualidad prescrita para la mujer, y en concreto para la religiosa, un tratado a la luz de la Sagrada Escritura que aspiraba tanto a diseñar las pautas de conducta santa para las monjas, en su variedad de hábitos y carismas, como a evitar posturas

arrogantes, excesos de celo o sensiblerías que se detectaban en conventos femeninos. Todo un programa de vida, bien pautado, desde el ingreso en la clausura hasta la muerte, entendido como un camino con ocho escalones hacia la santidad. Desde la óptica actual las propuestas reiterativas en obras de este tipo nos ofrecen detalles de incalculable valor para conocer e interpretar la vida en el claustro. Por supuesto, el modelo de Teresa de Ávila planea sobre esta y otras obras, pero despojado de sus matices más audaces, como por ejemplo el frenesí fundacional, para subrayar la sumisión inherente que se exigía al mundo de la clausura femenina.

Las virtudes religiosas constituyen un elemento esencial en el camino hacia los altares, lo que puede ilustrarse con infinidad de ejemplos. Algunos implicaban a la familia real. Si en 1671 se canonizó a San Fernando, dieciocho años más tarde se intentaba la beatificación de sor Margarita de la Cruz, que había profesado en las Descalzas Reales de Madrid. Lo importante era presentar las virtudes de una religiosa que además era de sangre real, es decir exaltar la espiritualidad, como modelo de vida, de una infanta-santa a la que tanto alabó Quevedo, a cuyo proceso inconcluso dedica su revelador estudio Leticia Sánchez Hernández, de Patrimonio Nacional. Por supuesto, la Casa de Austria está detrás de este proceso, así como los intereses propios de aquel convento, ya de por sí afamado por las galas y virtudes de sus ilustres moradoras. Desde luego, la santidad se postulaba desde todos los estados y niveles sociales y propuestas de este tipo evidencian hasta qué punto el discurso religioso, en este caso significativamente en torno a la mujer, informaba el control de conductas y el modelo de vida propuesto para todos los estratos sociales, incluidos los más elevados, en este caso rebajado a la sencillez de las clarisas. Las vías de santidad incluso en el seno de la dinastía reinante debían resultar un acicate para todos los súbditos.

Ese camino, que es ascensional, no siempre llegó entonces a buen puerto. De hecho, son muchas las causas que quedan empantanadas por la falta de motivación de sus defensores o por la aparición de obstáculos que recomiendan dilaciones a menudo desidiosas. Eliseo Serrano Martín, de la Universidad de Zaragoza, analiza el proceso de fijación de las causas de los santos entre los últimos años del siglo XVI y las primeras décadas del XVII, para presentar a su tenor varios ejemplos de “santos” aragoneses, que pese a una sólida aceptación local no lograron llegar oficialmente a los altares, una faceta a menudo relegada que, sin embargo, informa claramente sobre las preferencias populares. En realidad los casos de Anadón o SELLERAS, de Cerbuna o Lanuza, cada uno en su estatus secular o regular, no diferían mucho de otros modelos que llegaron felizmente al reconocimiento oficial de santidad. Profecías, milagros, una vida esforzada y austera así lo pregona. Pero no todos culminaban el proceso, jalonado además por las reformas que respecto a las causas de canonización fueron introduciendo pontífices como Sixto V, Urbano VIII o Benedicto XIV, y eso no significaba un fracaso, sino sencillamente la constatación de que había una reserva amplia y

bien extendida geográficamente detrás de quienes subieron a los altares, vidas santas de características similares que en realidad no venían a aportar un valor añadido al propio de la santidad ya reconocida.

La segunda parte del libro aparece bajo el epígrafe *Vidas de santos y hagiografía* y agrupa cinco estudios. En ella se abordan aspectos de la vida de santos muy célebres en algunos casos pero también otros menos conocidos. Esther Jiménez Pablo, en la actualidad profesora de la Universidad Complutense, se centra en el proceso de reelaboración de la imagen de santidad del fundador de la Compañía a través de las biografías editadas antes de su canonización, para exaltar el modelo de santidad que el papado quería impulsar entre los fieles, aunque para ello fuera preciso ignorar ciertos aspectos de su biografía. Imágenes muy diferentes del santo ofrecen dos de sus más notables biografías, la del P. Pedro de Ribadeneyra, empeñada en difundir la imagen de un jesuita español, acorde con los intereses de la monarquía hispana por extender la fe católica, y la del lombardo Giampietro Maffei, como un fundador obligado a huir de España por la incompreensión hacia la espiritualidad ignaciana, ambas exponentes de la utilización política de la figura del santo y de su canonización hechas por España y el papado, respectivamente. La monarquía francesa tampoco quedaría al margen de esta utilización política y hagiografías como la del padre Étienne Binet, que transmitiría la imagen de un fundador y de su compañero Francisco Javier deudores de una formación parisina y del ambiente de renovación espiritual del país vecino. Incluso en las fiestas de canonización promovidas en estos tres ámbitos del mundo católico es fácil detectar los intereses políticos diferentes de las dos monarquías y del papado.

A un beato más tardío, pero de gran popularidad en su tiempo, Fray Diego José de Cádiz, dedica su trabajo M.<sup>a</sup> Victoria López-Cordón, de la Universidad Complutense. El capuchino andaluz alcanzó una gran proyección gracias a sus viajes y predicaciones por todo el país y sobre todo a las misiones populares. Un anti-ilustrado, que consiguió tal popularidad que no le faltaron honores e invitaciones de universidades ni de Sociedades Económicas de Amigos del País, y de la propia corte, aunque su sintonía con ella no durara. Su oposición al absolutismo, especialmente en su defensa de la supremacía de la Iglesia frente al regalismo regio, muestran una imagen diferente a la que se suele ofrecer de este agente contrarrevolucionario durante la guerra contra la Convención, que hasta ahora había sido interpretado como un exponente del pensamiento reaccionario, como un ejemplo más de la alianza entre el trono y el altar.

Miguel L. López-Guadalupe, de la Universidad de Granada, se centra en la forja de la santidad, fallida salvo en algún caso individual, de un grupo de mártires del siglo XVI, los clérigos y cristianos viejos de la Alpujarra que fueron objeto de matanzas indiscriminadas en numerosas poblaciones de la comarca al inicio de la sublevación de los moriscos granadinos en el reinado de Felipe II. Desde el arzobispado granadino se intentó pronto mantener la memoria de

estos muertos que recibieron el tratamiento de mártires de la fe. Basándose en la información recabada al respecto y en los testimonios coetáneos, el primer abad del Sacromonte, Justino Antolínez de Burgos, escribió dos obras: *Historia Eclesiástica* y sobre todo *Mártires de la Alpujarra*, que, aunque permanecerían inéditas en su época y solo han sido publicadas recientemente, tenían como objetivo incoar la causa de beatificación de los asesinados, o al menos conseguir una autorización de culto local, al tiempo que sirvieron para defender los intereses familiares de los linajes de los fallecidos.

Los otros dos estudios se centran en biografías de modelos de santidad femeninos. Montserrat Molina Egea, de la Biblioteca de Cataluña, se ocupa de una italiana, María Catarina Brondi, la *santina de Sarzana*, mujer que murió con fama de santidad en 1719 en el convento de oblatas de Pisa, tras una vida de oración, meditación y penitencia, presentando un patrón de santidad muy común en el Barroco, donde las visiones y levitaciones se alternan con acciones más concretas como su participación en misiones populares o el cuidado de los enfermos en los hospitales de Génova y Pisa. La elaboración de su biografía en 1743 por Cesare Nicolò Bambacari, era un primer paso para el proceso de su canonización que en su caso resultó fallido. Esta hagiografía no se redujo a reconstruir y embellecer la trayectoria de esta piadosa mujer, sino que narraba la experiencia espiritual de una figura con fama de santidad en Liguria y Toscana a comienzos del siglo XVIII, lo que atrajo el interés del gran duque Cosme III de Medici sobre el proyecto. Resulta ser un buen modelo de *santi perdenti*, personas que murieron con fama de santidad, pero que no llegaron a obtener el reconocimiento oficial de esta santidad a través de la beatificación o canonización.

También italiana, pero en este caso sí se trata de una santa, era María Magdalena de Pazzi, a cuyas biografías en lengua castellana dedica un estudio Henar Pizarro Llorente, de la Universidad Pontificia de Comillas. A pesar de despertar una gran veneración en distintos territorios europeos, la devoción a la santa carmelita no llegó a arraigar en nuestro país. Los carmelitas observantes intentaron dar a conocer a la mística florentina en España por medio de la publicación de varias biografías en castellano, a lo largo de los siglos XVII y XVIII, compuestas por escritores reconocidos de la orden, como Juan Bautista de Lezana, e incluso llegando a publicar alguna obra de carácter teatral, junto a numerosas publicaciones como folletos, novenas, etc. No obstante estos esfuerzos, su devoción no llegó a arraigar en nuestro país, no dejando de ser una santa con proyección solo en el ámbito carmelitano.

El tercer y último bloque del libro se centra en *El amplio mundo de las devociones*. Lo inicia un estudio de Margarita Birriel Salcedo y Carmen Hernández López, de las Universidades de Granada y Castilla-La Mancha, respectivamente, que hacen un acercamiento a las devociones domésticas, concretamente a los objetos devocionales de los hogares rurales en los ámbitos de La Mancha oriental (Albacete) y en el Valle de Lecrín de Granada en el siglo XVIII. Explotando

los ricos fondos de las cartas de dote, testamentos e inventarios de los archivos de protocolos notariales de ambas zonas, aparecen un sinfín de lienzos, tallas, láminas..., que representan escenas religiosas y bíblicas, vírgenes, cristos, niños Jesús, ángeles, santos y santas diversos, representaciones de la Eucaristía..., que nos muestran unas devociones muy generales, así como otras que tienen un marcado carácter local, que son muestra de una piedad familiar y comunitaria de las comarcas referidas. El esfuerzo por la cuantificación, así como el análisis de la tipología de objetos y su ubicación en las casas, contribuyen a un acercamiento a las devociones de dos zonas rurales, que presentan sus propios matices y diferencias.

También al Setecientos, al mundo de la cultura material y de las devociones domésticas, se dedica el siguiente trabajo de Natalia González Heras, de la Universidad Autónoma de Madrid, pero esta vez centrado en un ámbito bien distinto, el de la corte madrileña y circunscrito al segmento social de las élites que desempeñaban cargos al servicio de la monarquía. Se centra en concreto en las imágenes y objetos de representación de santos hallados en sus casas y muebles, pinturas y tallas, fundamentalmente, pero también relicarios y objetos de uso personal. A través del estudio de casos, se intenta descifrar el valor de estos objetos, que discurría entre la obra de arte y la imagen religiosa a la que rendir culto, centrándose de forma especial en aquellos santos de órdenes religiosas que se desarrollaron o reformaron en torno al Concilio de Trento y cuya devoción pervivía en el siglo siguiente.

Magdalena Guerrero Cano y María del Mar Barrientos Márquez, de las Universidades de Granada y Cádiz respectivamente, en el siguiente trabajo se dedican a indagar en las devociones religiosas americanas durante los siglos XVIII y XIX, a través del análisis de un medio bien distinto, la prensa periódica del momento, en concreto las Gacetas de México, Lima y Caracas. A través de la lectura crítica de los *Avisos* que estos periódicos incluían en sus páginas, y centrándose en las noticias que contienen información de tema religioso, se recogen anuncios de ventas de libros, de sermones impresos, de estampas, grabados, imágenes, así como informes sobre variados eventos religiosos, fiestas próximas a celebrarse o inmediatas predicaciones, que proporcionan una valiosa información acerca de las creencias y religiosidad de una población que compartía con la metrópoli las principales devociones, ya que fueron muy pocos los santos americanos promocionados a los altares. Informaciones que nos permiten aproximarnos a cómo era el sentir y la práctica devocional de la sociedad americana de la época.

A la construcción de la imagen jacobea a través del teatro del Siglo de Oro dedica su estudio Ofelia Rey Castelao, de la Universidad de Santiago de Compostela, conectándola de forma muy precisa con el contexto histórico. Rastreado la presencia del santo en las obras de teatro, no solo se centra en el análisis del empleo de invocaciones al Apóstol, algunas tan conocidas como *Santiago y*

*cierra España*, sino también en obras diversas de variados autores, como Calderón, Hurtado de Mendoza, Guillén de Castro, etc., generalmente en contextos de situaciones bélicas frente a musulmanes o herejes. Además analiza de forma muy especial el uso de algunas tradiciones jacobeanas como tramas dramáticas, tal es el caso del tributo de las cien doncellas, que daría base al voto de Santiago. El uso de estos temas jacobeanos, que solo se encuentran de forma muy puntual en los grandes autores de la época, como Lope de Vega o Tirso de Molina, afecta en mucha mayor medida a autores más secundarios, como Rodrigo de Herrera, Álvaro Cubillo, Luis de Guzmán..., la mayoría de ellos caballeros de la Orden de Santiago, cuya defensa está implícita en sus obras, a través de la imagen del Santiago caballero y militar, Santiago Matamoros, que también dominaba en la iconografía de la época, con una fuerte carga ideológica, todo ello en un contexto de debate acerca del patronato de España y del nombramiento de Santa Teresa como co-patrona, junto al Apóstol.

El último trabajo que cierra el libro, de Manuel Rivero Rodríguez, de la Universidad Autónoma de Madrid, se centra en una devoción sancionada por el pueblo y surgida en los dominios españoles en Italia durante el siglo XVII, la de la ermitaña toscana sor Orsola Benincasa, fundadora de oblatas y romitas, que solo llegaría a ser declarada venerable por la Iglesia oficial y esto no ocurriría hasta fines del Antiguo Régimen, durante la invasión francesa y la guerra contra la Convención. Antes, en los convulsos momentos de las rebeliones de Nápoles y Sicilia, el Inquisidor General de la isla, García de Trasmiera, empeñado en revitalizar la Inquisición, publicó una biografía del inquisidor aragonés Pedro de Arbués para ayudar a su canonización, que lo convertiría en el primer santo perteneciente a la corporación del Santo Oficio, y permitió que apareciera bajo su autoría una biografía de la citada religiosa, que en realidad era una obra del teatino palermitano Francesco Maggi prohibida por la Inquisición romana en 1644. El episodio permite abrir una línea de investigación inédita y plantear la importancia que los factores religiosos tuvieron en la revolución de 1640, algo escasamente tenido en cuenta hasta ahora por la historiografía.

En resumen, un conjunto de dieciséis trabajos, de la mano de dieciocho investigadores, la mayoría con amplia experiencia en esta temática, que contribuyen a profundizar en los procesos de canonización, así como en los modelos de santidad y en el mundo de las devociones extendidos por el mundo católico después de Trento, que tuvieron en la Monarquía Hispánica una de sus expresiones más acabadas.

Inmaculada ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS  
Esther JIMÉNEZ PABLO  
Miguel Luis LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ  
Granada, febrero de 2018.